

Alcides Herrera

Vengarse en Word



Edición: Michael H. Miranda
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Fotografías de cubierta e interior: Ingeborg Portales

© Herederos de Alcides Herrera, 2023
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 978-1-961722-25-5

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.



Detén tu camino

Siempre que se me ocurre mirar el reloj, algo allá afuera me sincroniza con un tiempo extraño. Ahora, por ejemplo, son las 5:55. Pero casi siempre son las 3:33, las 4:44, y así todas las posibles combinaciones de números iguales.

Como si fuera una confirmación extravagante, sólo por mencionarlo, ante mis ojos se acaba de abrir (sola) la puerta del cuarto; no estaba puesto el seguro, pero estaba cerrada de modo que ni el viento pudiese abrirla; y aquí no hay viento, y el viento se acompaña de otro feeling. (Tengo dos amigos a quienes les ocurre exactamente lo mismo y por la misma cantidad de meses: 12.)

Hay unas horas durante las cuales, por supuesto, no miro el reloj; ya imaginas que van desde las 5:55 hasta las 10:10. Ignoro por qué me despreocupo del tiempo durante ese tiempo. Suponiendo que fuese deliberado, una loca programación de la mente, aún quedan las otras coincidencias.

Me llegó la hora de sospechar y debo decir, antes de retirarme al sueñito de los bobos, que uso un digital. Al no depender del secundario, de un filtro miope, se hace más firme la impresión de que algo allá afuera me hala cuando quiere, y abre una puerta cuando quiere.

Transcurre mitad frente a mis ojos y mitad frente a los ojos de alguien que, de ser yo mismo, sería mi parte que no conozco. Me asusta ver un día las 6:66, como en esa película.

Corazón y muela

Estoy enamorado: écheme o dejémoslo como está. No paso más tiempo en el teléfono por respeto a su persona, pero me pide mucho. ¿Debo entrar en su molde sin que usted se haya preguntado por qué quiere que las cosas sean de determinada manera? Pues no. Lamento no poder complacerlo ni ser flexible. Al menos hoy, yo sé por qué hago lo que hago.

Necesito escuchar a esa mujer, normalmente encuentro algo que decirle. Hablamos pocas veces al día, no más de diez minutos. Mi trabajo no suele afectarse, porque tengo la carreta delante de los bueyes y a Marte ahí mismo. Tampoco interrumpo la línea porque es doble, a veces triple, y suena un pitico cuando la gente llama.

Soy loco —es decir: tal vez piensa eso— y sin embargo no soy una bestia. Pregúntese qué le fastidia en realidad. ¿Que me ve pasándola bien? También disfruto trabajar y luzco alegre. No importa qué métodos tenga que usar: procuro mantener una sonrisa en la cara.

Creo que usted me entiende, pero, como necesita hacer el papel de patrón, la coge con mis conversaciones. Es como si se congelara con esa emoción. ¿Verdad que me explico?

Tratar de hacerme entender, semana tras semana, me roba energía que podría usar en dar más de mí, en

llenarme de ideas y hacer que el dinero entre por tuberías a este lugar. Ni siquiera es capaz de disfrutar el afecto que le tengo, mi aura grande. Prefiere ser como piensa que es.

En fin: me desinflé ya. Mi destino está ahora en sus manos (por seguro el destino de hoy) pero haga lo que tenga que hacer. De todos modos, me siento como Superman. ¿No tiene algo que decir?

Entonces deme el cheque.

Sin condimento

Cuando estuvo en la calle su peor enemigo fue la autocompasión. Llegó a sentir los clavos de Cristo pinchando sus manos y pies mientras caminaba por la 8, pensando solamente: “Cojone’, qué hambre”.

Ese esfuerzo sobrenatural por retener el aspecto, el feeling de la comida, le fue inutilizando zonas valiosas de su cerebro, antologías muy ordenadas, *profiles*. Por mantener el vivo recuerdo de un sabor, olvidaba caras de amigos, nombres, fechas, calles y pueblos enteros. Se hizo invisible para el prójimo (a nadie le gusta ver gente fea), lo cual tiene ventajas y desventajas.

Se fue acabando su representación y apareció su ser básico, el reptil que sabe lo que hace, aunque sea un baby. Ni siquiera sus mujeres heroicas pudieron ayudarlo, pues no las veía, habiéndose quedado en otro reino lo que le inspiraron. Anestesiado y santo es casi lo mismo.

Las ideas cedieron espacio a las sensaciones. Lo único que hacía era echarse por ahí a anotar cosas (“Vivir en sociedad es comer y cagar entre animales que sienten como tú, pero si las bocas no se encuentran, si no sudan trabajando con el tamal, frente a frente, tampoco se rozan las palabras”).

Se nutría de la vitalidad cósmica y de los vapores que salen de *El Exquisito*. Y cuando se acostumbró a no

comer, a la soledad grande, entonces y sólo entonces se murió —igual que el caballo del isleño: suavemente. Tuve la honra de acompañarlo en su tránsito y anoté sus últimas palabras:

—Let me have a big order of fries.

Ensimismado

Me paré frente al estante de cerveza (lo han agrandado porque en esta zona de Hialeah, no diré cuál, viven muchos vikingos y soy uno de ellos). Probablemente el que más se demora al elegir y el único al que le despiertan curiosidad las cervezas latinoamericanas. No es que las prefiera, pero recuerdo siempre a San Pablo, que dijo: Examínenlo todo y escojan lo bueno.

Cuando tenía el six pack de Quilmes en la mano derecha, pasó una señora y me puso una *Atalaya* en la izquierda. No vi su cara. Siguió de largo y ni siquiera dio los buenos días. Los Testigos son misioneros de portal, educados, aunque les falte ilustración. Me resultó curioso que aquella mujer obviara su muela.

Decidí seguirla para oír hablar de Dios. O por lo menos del fin del mundo. La encontré haciendo cola en la carnicería. La toqué en el hombro, “Señora”. Se volteó. No era expresiva. Me dedicó una sonrisa ligera e inmediatamente se puso a hurgar en su bolso. Me extendió una tarjeta: Soy sordomuda, pude leer.

La tierra no me tragó, a pesar de mi deseo. Le di las gracias, articulando bien y levantando la revista ante sus ojos. Volvió a sonreír y desaparecí. En la caja número cuatro hay una rubia que siempre me observa, por eso pago las cosas en la cinco, para seguirle el juego sin tener que respirarle arriba. Esta vez sólo miraba la *Atalaya* y el six pack con expresión de no entender.

Los símbolos se hicieron cargo de ella y fui abandonado. Yo no simbolizaba nada. Yo era yo. Al salir quise tirar la revista en la basura, pues era la culpable de mi fracaso provisional con las mujeres, pero recordé a la sordomuda y me congelé. La guardé en un bolsillo, doblada y con la cubierta hacia adentro.

Llegué a la casa y entre Quilmes y Quilmes, leí sobre el fin del mundo. Fue como si hablaran de mi propio fin. Como si describieran la muerte de un cuerpo —el mío— aunque hablando en parábolas.

Soy un vikingo. Lo tomo todo muy personal (desde que sé que yo soy la vida) y sin embargo casi nada me importa.

Salvemos Angola

¿ Y ahora qué vas a hacer con todo ese dinero?
Haré experimentos sociales.

No entiendo.

Por ejemplo, comprar la cuadra en la que está el gym más famoso de la ciudad para rodearlo de establecimientos de unhealthy food; poner muchas cámaras, filmar la evolución de ese grupo humano en particular.

¿Y qué más?

Comprar Bolivia siempre que me den un precio justo —cuando Mick Jagger la quiso comprar pidieron demasiado, por eso ningún país se llama en la actualidad Rolling Stones.

No creo que Bolivia haya estado en venta nunca.

Tengo pruebas.

En fin, ¿qué más harías?

Cerrar el Canal de Panamá, taparlo.

¿Cón qué objetivo?

Para abrirlo nuevamente con muchas mejoras y así generar puestos de trabajo en la región.

¿Planeas hacer un poco de caridad, como es costumbre entre la gente que tiene la costumbre de tener dinero?

Ciertamente aún no me acostumbro a la idea de que tengo dinero, pero podría darle plata a quien friegue mis carros; también podría apadrinar a distancia a un niño de

los de \$19.99 al mes, pagar el techo de una iglesia, prestar un terreno a los damnificados de un ciclón hipotético.

¿Vas a invertir en tu persona?

Claro, yo, las mejores cremas, mucha langosta, orgías místicas, un superbar y, por supuesto, la pesca deportiva.

Bien, te tengo una mala noticia.

¿Cuál es?

La verdad es que tu número no salió, salió uno muy parecido.

Es una pena.

¿Y ahora qué vas a hacer sin todo ese dinero?

Voy a tratar de hacer lo mismo por otros medios, aunque el negrito tenga que esperar.

*Despertar**

No sé quién inició a mi madre en el abuso de esa sustancia, tan popular incluso ahora: el comino. Me había convertido yo mismo en un adicto cuando me enviaron a Jarahueca, donde apaciblemente vivían mis abuelos, para que pudiera empezar la escuela a los cuatro años. (Un amigo brillante de mi padre, tras beber Coronilla un miércoles en la azotea, advirtió que “el niño” sabía los colores, las vocales y contar hasta cien. Me vi rápidamente en aquel pueblo de la Línea Norte, un exilio lleno de amor, tractores y plastilina soviética.)

Caía hacia delante el Coloso de Rodas, yo extrañaba el comino. Creo recordar que mi abuela únicamente lo utilizaba los viernes, cuando venían mi madre y mi padre, cargando a mi hermano más pequeño, para llevarme por dos días a Sancti Spíritus, a los Lagos de Mayajigua o al Hospital Infantil de Yaguajay —que era más divertido.

—Esta comida no sabe a nada —dije, y a mi abuela se le salió una lágrima que parecía haber esperado siglos por ese momento, lágrima de un karma feliz.

—Cállate —murmuró mi madre, que a la vez era hija de mi abuela, y me amenazó con un tapaboca.

* Han pasado los años. El comino de Miami no es como el de Cuba. No se arman discusiones en torno a él. Es sólo un testigo silencioso de la elaboración. De la memoria. Lo uso bastante.

Mi abuela y mi madre eran la misma cosa cuando estaban juntas, una unidad, una concentración, un peso metafísico. Y si tenían que defender “al niño” de la adversidad y los tornados y el mal de ojo, se convertían en una especie de legión. Nunca las vi pelear salvo por el comino.

(En medio de un cuentecito, no debe uno ponerse sentimental ni contagiar al prójimo, ya que sería perder el juicio. Y al prójimo.)

—No sabe a nada —volví a decir, creciéndome ante las dificultades.

Mi madre se ofendió porque su hijo (adicto al comino igual que ella), ofendió a su madre, al resto de la cadena evolutiva, con un comentario tan indigno: “el niño” se convirtió antes sus ojos en un bandolero. Yo veía rodar la segunda lágrima de mi abuela y calculaba sobre qué mancha de la mesa iría a caer.

La cercana barriga de los aviones

*Algo que no se lleve el viento.
Algo que no se apague con el coro.*

No es difícil escribir boberías mientras contemplas, desde este alto refugio, cómo se va encendiendo la ciudad, que desde aquí nunca podría hacernos daño —al presente, algo así sólo podría venir de nosotros mismos, lo que resulta fácil pero tiene la dulzura de lo predecible y tal vez se arregla con un beso. También se ve la única loma que hay en Miami: el nuevo estadio. Otros balcones dan a la Bahía; allí vive gente que nunca mira el mar.

Yo soy guajiro. A mí me gustaría poder gritar, borracho, en mi patio de tierra. Las matas calman, ver las hormigas, las lagartijas, tener que perseguir a una cucaracha que entró huyendo de la lluvia o atraída por un noticiero en español. Y si se da el milagro de que las matas sean de mango y de aguacate, mucho mejor; y si están lo suficientemente cerca como para amarrar una hamaca de ambos troncos, ya es casi paraíso. Un patio para gritar mientras me emborracho y juego dominó. Un patio en el que nunca se caiga la señal.

Esto es como vivir en un hotel. Pero no sólo en el sentido de las “amenidades” —una piscina que no uso, pues allí se bañan, es normal, niños y viejos, grupos sociales que tienden a mear en las piscinas;

una muy buena biblioteca de la que saco libros que luego devuelvo y así no se convierten en una carga; un gimnasio por el que nunca me verán el pelo; una bodega-cafetería cuyos precios hacen pensar que todo el mundo se ha hecho rico de pronto menos tú; dos jacuzzis en los que tampoco me metería porque en las Reglas se aclara que nadie puede encuerarse en áreas comunitarias—; también en el sentido de que más o menos hay que hablar bajito. Eso no debe ser bueno para el sexo, ya que no podría estar haciéndolo y a la misma vez estar en el pasillo chequeando si nos oyen. Frente a esa catástrofe humana, lo que practico es iluminar a San Martín de Porres y me hago la idea de que todos los viejos son sordos y todos los jóvenes usan audífonos.

La otra noche nos pusimos a discutir en el balcón, y un viejo que vive en el apartamento de al lado y lo mantiene abierto de par en par las veinticuatro horas —como quien espía sin suplente los sonidos del cosmos—, exponiéndose al olor del mar pero también a mi grosería, asomó su cabeza calva y gritó:

—Peleen dentro —no pongo signos de admiración porque nunca me han gustado, pero los lleva.

Aquello parecía una orden. Me dio pena mandarlo a tomar por culo, por eso del respeto a las canas, al territorio nuevo, pero me vi en la penosa necesidad de hacerlo; en estos sitios medio carcelarios no puedes permitir que se te caiga el jabón el primer día. Luego, a la hora de dormir, cuando ya me había reconciliado con mi mujer empezó a flotar sobre mí la culpa católica —me sigue acompañando a todas partes mientras

le busco una virtud—; llegué a la tontería de decidir que escribiría una nota de disculpas, bilingüe y respetuosa, en una postal de CVS, y que la acompañaría, no sé, con un flancito del Versailles, que tanto les gusta a los viejos: le dejaría toda esa mierda en la puerta. Si me conoces, sabrás que no lo hice; y aun más: que tal culpa fue sustituida por otra con bastante premura.

En Hialeah tuve un patio. El aguacate, el mango y las enredaderas, la cantidad de lluvia, las mariposas que cabían en un pan de molde, etc., lo convertían en algo poderoso. Podía hacer todo el ruido del mundo sin llegar a hacer más ruido que los vecinos, a quienes llamaba “amiguitos de los decibeles”. Eso me daba alivio: me protegían la floresta y el masivo *Ya viene llegando* exterior. Si se armaba jaleo entre ellos y no escuchaba disparos o vidrios rotos o una voz de mujer implorando que no la matasen, no llamaba a la policía, no fuera a ser que simplemente estuviesen jugando dominó, juego donde se elimina al contrario con una serie de ofensas. El pueblo era un poco aburrido; para divertirse había que agarrar el carro y aparecer en otro municipio. Pero me gustaba la marginalidad candorosa de los mercados, donde la palabra “asere”, que siempre ha tenido mi simpatía, era usada hasta por algunos viejos del año sesenta. La Natural Ice aún costaba 75 centavos; tres pesos el paquete de Marlboro.

No extraño ese patio sino el patio futuro que sin duda me está predestinado, o eso quiere pensar la angustia de los balcones, el reto metafísico de recordar, mirando hacia abajo, a mi atormentado danés

favorito. En el patio futuro me gustaría sentarme con mi mujer, haber llegado a esa edad en que uno ya les dice “vieja” y ellas te dicen “viejo”. El patio que va a escucharme refunfuñar y me verá tomando sopa.

Algo que no se lleve el viento.

Algo que no se apague con el coro.

Mientras tanto disfrutaré este alto refugio, el olor a salitre, el sol en la cúpula de Santa Sofía. La Junta de Vecinos decidió regalarme una bicicleta* si paraba de escandalizar y de sentarme a todas horas en el balcón y en los aleros. La idea me pareció genial y dije que aceptaba y pedí perdón por cualquier comportamiento irracional del que hubiere testigos; también pregunté si había que firmar algún papel.

—Tengo una condición —me atreví a decir.

—¿Cuál? —preguntó la jefa de la Junta y volvió a involucrarse con su colada.

—Quiero que sea amarilla.

* No pasó mucho tiempo sin que entendiera: alguien les dijo que era escritor y sintieron mucha pena por mí.

J

El perro decidió morder a Julián. No era la primera vez que hacía eso. Había mordido a otro Julián en la única taberna de Coral Gables, en 2015. Sin embargo, el nuevo Julián logró defenderse y mordió a su vez al perro, cuya reacción orgánica fue seguir mordiendo a su predestinado rival. Hasta que lo mató. Se busca persona no llamada Julián que adopte perro amoroso y muy independiente en sus decisiones.

ÍNDICE

Detén tu camino / 9
Corazón y muela / 11
Sin condimento / 13
Ensimismado / 15
Salvemos Angola / 17
Despertar / 19
La cercana barriga de los aviones / 21
J / 25
Mare Nostrum / 26
El futuro del mundo / 27
Tantos detalles / 32
El pueblo hebreo / 34
Horóscopo / 35
No / 39
Cuerda / 40
Losers & winners / 45
Aquí / 47
Rey Pérez / 48
¿Qué? / 51
He de explicarlo, compañeros / 52
Vida de las abejas / 53
Complejo B / 55
Soyuz / 59
Novela del capítulo 8 / 60

Havanization / 63
La mañana del distante gallo / 67
Porno gay subacuático / 69
El futuro / 71
Carnet de Identidad. Sancti Spíritus, 2008.
 Cuadernos escolares de Jerónima / 72
Roja / 73
Huesos de un día / 74
Apología / 75
¿Qué es un Nonograma? / 77
Access / 81
27: the man with the hat (I) / 82
27: the man with the hat (II) / 83
En que Brito habla sobre Felipe, la muerte súbita
 y los maricones del parque Serafín / 85
Jasmine / 88
No se les pone / 89
X / 91
Van a pensar que estas loquito / 92
Más / 94
Don't cry for me Argentina / 95
Don't cry for me Argentina (2) / 97
Cuento infinito / 99
Sol dorado / 100
Mentes gemelas / 101
Operación Peter Pan / 102
Llanto vegetariano / 112
Somos el mundo / 114
El dinero / 116
Lo que cae del cielo, mata / 118
Peruano / 120

Arañita del Este / 121
Delicatessen / 123
Convocatoria / 125
El camino del medio / 127
El doble: Miranda y Fidel Castro / 129
Rescue / 134
Importante / 136
Versailles / 137
El bien y el mal / 138
Mercedes / 141
Amistad / 142
Monólogo de los Huevardos / 143
email / 146
Vete de mí / 148
45 / 153
Una noticia / 154
CX-666 / 155
Genoma del Tigre de Nepal / 156
Muerte por bronce / 158
Vida de las abejas 2 / 162
La vuelta del mercado / 163
GPS / 164
Tres huevos fritos / 165
Legal / 167
Regreso del hijo pródigo / 168
Agua que cae del cielo / 170
Internacionalismo / 171
Mendocina / 174
Buen Samaritano / 175
Retamares / 176
Pies / 177

La condición humana / 180
La mejor parte / 181
Palabras / 183
Cadena / 185
Muerte por rayo / 186
333: fragmento onírico / 188
NY / 189
Televisión española / 190
Albania / 193
El corazón de Marta Abreu / 194
Yes / 195
Su último tweet / 196
4 planchas / 198
\$3 / 200
Varna / 201
Algunas tribus / 202
De cristal. Elefantes / 206
Bocelli / 208
To be or not to be / 210
Eso era antes / 211
Mal / 212
La lengua / 213
A Separation / 215
Un comercial de Heineken / 216
33 / 218
Moscú Rojo / 219
El elefante / 221
Cuerpos / 225
Crónica de una muerte sin anunciar / 226
Texas Hold'em / 228
Los muertos / 231

Des haricots / 233
(Del muro de Francis Balsa) / 234
(...) / 235
Number One. Number Two / 236
Génesis / 239
La muerte de Pavlidis / 240